



## MARIANO YELA, EL AMIGO

---

**JOSÉ LUIS PINILLOS**

Me resulta muy difícil escribir sobre Mariano Yela. Por un lado es como abrir una herida que aún no ha cicatrizado. Por otro, se trata de reconocer un hecho que, en el fondo, aún me resisto a admitir. Nuestra amistad era ya demasiado vieja como para aceptar esta súbita y definitiva ruptura. Pero así ha sido, y Dios sabrá por qué.

Mariano Yela y yo nos conocimos de muy jóvenes en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, a principios de los años 40 -en el 44, creo-, aunque entonces todavía no llegamos a tratarnos mucho. Nos veíamos de vez en cuando en los pasillos de la Facultad, y en Gambrinus, pero él iba un curso por delante de mí y salía con un grupo del que recuerdo que también formaban parte Lázaro Carreter y Gustavo Bueno. Un buen día, Yela decidió irse a estudiar psicología al extranjero, pues esta especialidad en aquellos momentos no existía en España, ni estaba muy bien vista. Algún tiempo después, pero por mi cuenta y riesgo, yo también opté por la psicología. Yela se fue de becario a los Estados Unidos, y luego a Bélgica, y yo me fui a Alemania y después a Inglaterra. Pasaron varios años y, un buen día, nos volvimos a encontrar en el Departamento de Psicología Experimental que el Dr. José Germain, el Principal eslabón de enlace con la psicología española de antes de la guerra, había creado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desde entonces, nuestras actividades profesionales siguieron caminos parecidos.

Yela había participado en la fundación del Departamento, y era su Secretario. A su vuelta a España, a principios de los años 50, le dedicó mucho esfuerzo, conocimiento y talento. Cuando regresé de Inglaterra, en el Departamento es donde realmente se fragó nuestra amistad. Salíamos de trabajar muy tarde, y nos íbamos a casa dando largos paseos, en los que hablábamos de nuestros proyectos, de nuestras ilusiones y de todo lo divino y lo humano. A veces se nos hacía tan tarde que teníamos que saltar una verja para salir del Consejo, que se cerraba a las diez de la noche. Con cierta frecuencia, acompañábamos al patrón hasta su casa. Germain -que viajaba mucho- nos daba entonces noticias de la psicología en el mundo, y nos contaba historias de antes de la guerra sobre Ortega, Lafora, Mira y otros famosos de entonces, que Yela y yo escuchábamos con verdadera fruición.

Mariano había vuelto a España con una excelente formación. Había pasado varios años en Chicago con Louis Thurstone, el principal artífice del análisis factorial en los Estados Unidos. Más tarde estuvo también algún tiempo en Lovaina, con el experimentalista Michotte. De Thurstone aprendió importantes conocimientos de psicometría y estadística, además del dominio de la técnica del análisis factorial. Ambas cosas le permitieron traer a la incipiente psicología española algo de que estaba bien necesitada; me refiero al rigor. Cuarenta años de incansable

investigación y docencia en ese campo, en la Universidad española, pero también en Lovaina y en otras Universidades extranjeras, decenas de tesis doctorales dirigidas con puntual atención, publicaciones importantes, y alumnos que hoy son competentes catedráticos de esas materias ponen de manifiesto hasta qué punto Yela devolvió el ciento por uno de lo que le había dado Thurstone. Que en verdad fue mucho, porque mucho podía y porque mucho apreciaba Thurstone a aquel joven español que un día llegó a Chicago a ver cómo iban las cosas de la psicología por el mundo. La relación de Yela con Albert Michotte no fue tan larga, pero también resultó fructífera. Yela colaboró estrechamente con Michotte en las investigaciones sobre la percepción de la causalidad, tema en el que era el número uno, y en el que Yela hizo asimismo, como en el análisis factorial, aportaciones personales importantes. Las técnicas experimentales que aprendió en el laboratorio de Michotte le sirvieron luego para adaptarlas al departamento de Psicología Experimental, del que fue Secretario hasta su extinción.

En España, sin embargo, no era fácil vivir de la psicología en aquellos momentos, y Mariano tuvo que dedicar una porción importante de su tiempo a la psicología industrial y, además de atender al Departamento de Psicología Experimental, tuvo que ocuparse también de la recién fundada Sociedad Española de Psicología, de la que llegó a ser Presidente y, asimismo, de la Escuela de Psicología y Psicotecnia que había creado Germain, con la decisiva intervención del psicofisiólogo y dominico Manuel Úbeda. Yela fue también secretario de esa Escuela -y después director-, en la que pasamos unos años muy gratos y fecundos. Durante aquellos años, los dos viajábamos mucho por el extranjero, a menudo con Germain, que conocía a todo el mundo y era un buen *gourmet* que se apiadaba de nuestra indigencia y nos invitaba a comer en restaurantes muy selectos.

Finalmente llegaron las inevitables oposiciones. Mariano y yo las hicimos juntos, y limpiamente las ganó él. Muchas veces recordamos que en el ejercicio escrito en que nos encerraron juntos, a él le pusieron un tema sobre Wundt, del que estaba limpio, y a mí uno de Piaget, del que no sabía una palabra. Nos soplamos fraternalmente lo que sabíamos y conseguimos salir del paso. Luego Yela, ya de catedrático en Madrid, entró en la vorágine de la Universidad, de las conferencias, de los viajes, de las reuniones internacionales y en qué sé yo más. En esa época recuerdo que Mariano pertenecía al comité de la Unión Internacional de Psicología, y viajaba constantemente con Germain, de una a otra reunión.

Más adelante, ya muy entrada la década de los 60, en unión de Siguán, Sécadas, Úbeda y otros compañeros, Mariano y yo nos esforzamos en llevar la psicología a la Universidad, y finalmente lo logramos. A partir de entonces todo se complicó, y cada uno hizo lo que pudo. Yela pudo mucho, y aparte de ser el alma de la Sociedad Española de Psicología, de la que terminó siendo presidente; además de sacar adelante la Escuela de Psicología, de la que fue primero secretario y luego director; además de organizar y asistir a Congresos de Psicología por el mundo entero; aparte de eso, aparte de dar cientos de conferencias y publicar libros y de otras muchas cosas que ya se irán sabiendo, Yela ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas con un magnífico discurso, que se ha convertido en un clásico, sobre la estructura de la conducta. También en esos años, durante las décadas de los 70 y 80, Mariano y yo íbamos mucho a Salamanca, a dar algunos cursos y a examinar alumnos de psicología de la Universidad Pontificia. Después, hacíamos siempre alguna excursión a la Peña de Francia, o a otros lugares, con los colegas de la Ponti, vagabundeábamos por la ciudad, y creo que no exagero si afirmo que aquellos años fueron una de las etapas más felices de la vida universitaria de Mariano, y también de la mía. Un día, ya mayores, a los dos nos hicieron doctores *honoris causa* de la Universidad Pontificia, y aquello selló aún más nuestra amistad.

No sé qué más cosas podría añadir para avivar estos recuerdos. Sin duda, muchas. En los últimos años -cuando los dos éramos ya éméritos- Mariano estaba en uno de sus mejores momentos. Le habían hecho doctor *honoris causa* en la Universidad de Oviedo y, poco antes

de morir, le hicieron miembro de la Academia de Ciencias de Nueva York. La lista de los honores de Mariano era ya muy larga para enumerarla aquí. Pero una de sus virtudes más importantes, que no puedo dejar de mencionar, fue la entrega constante, generosa y sin límites con que se dio a la institucionalización de la psicología española y a la elevación de su nivel científico. En más de una ocasión, yo le reconvine amistosamente, haciéndole ver que aquel esfuerzo era desmedido y se hacía a costa de su obra personal. Jamás lo negó; siempre me decía que era cierto, pero que no podía hacer otra cosa. Realmente, si hay alguna persona a quien la psicología española le debe lo que es hoy, esa persona es sin lugar a duda Mariano Yela.

Más de una vez, recordando experiencias comunes, me había dicho Mariano que su vida y la mía tenían algo de vidas paralelas. Era cierto. Al final, después de tantas idas y venidas, seguíamos viéndonos con frecuencia, sobre todo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Allí solíamos charlar un rato, y él me hablaba de sus hijos, de su mujer, de sus trabajos. Una noche como otra de tantas nos dijimos adiós, sin saber que era para siempre. Al despedirnos le pregunté, más por costumbre que por otra causa: ¿Qué tal andas, Mariano? Y con una sonrisa amable, tal vez un poco triste, me dijo: Yo bien. Mi cuerpo no tanto. Así nos despedimos, y así le recordaré siempre.

Poco tiempo después, hace sólo unas semanas, tuve ante mí, en la lectura de su Tesis Doctoral, a su hijo menor, a Carlos Yela: su nieto, como él decía a veces. Carlos me recordó a su padre en joven: en su afán de rigor, en su deseo de abarcarlo todo, en el toque de ironía que de vez en cuando dejaba caer sobre sus propias afirmaciones y en tantas otras cosas. Todos pensamos en lo que Mariano habría disfrutado viéndole. Yo confieso que también me emocioné.